

## Documento ABC.00.04.14.

### Fracaso de Gil Robles al no emanciparse de Acción Popular:

---

#### ABC.00.04.14.01. Introducción y planteamiento del seminario ABC.00.04.14:

1. La primera vez que aparece el nombre de Gil Robles en los *Escritos y Discursos* de José Antonio en la versión de sus “*Obras*” por la Sección Femenina, es el 19 de diciembre de 1933. En la primera intervención parlamentaria de José Antonio, en el mismo estreno de su escaño parlamentario por Cádiz, ganado en las elecciones de 19 de noviembre de 1933, como independiente en una coalición de derechas, cuyo jefe parlamentario era, precisamente, José M<sup>a</sup> Gil Robles. A partir de ahí son numerosísimas las referencias de José Antonio al líder de las derechas españolas durante la II República. De ellas es de lo que nos vamos a ocupar en este seminario.
2. Es obvio que uno y otro, ya existían mucho antes de esa fecha, y que desarrollaban sus respectivas vidas públicas con notable notoriedad; pero sus vidas públicas no se habían cruzado hasta entonces, dejando testimonio escrito. Así, pues, es a partir de esta fecha, 19 de diciembre de 1933, cuando hemos de iniciar nuestra narración.
3. Hay que hacer observar que los contactos políticos de José Antonio con las derechas se habían venido haciendo exclusivamente con la derecha autoritaria monárquica, acaudillada por Antonio Goicoechea, con quien pactará José Antonio los “*Diez Puntos de El Escorial*”, en el verano de 1933, y el “*Pacto de 20 de agosto de 1934*”, más tarde. (*Edición del Centenario*, pp. 329 y 675 y ss., respectivamente).
4. Pues bien, la realidad no es la expuesta. Al realizar Plataforma 2003 su *Edición del Centenario*, hemos podido recuperar un texto de José Antonio, del 23 de octubre de 1933, titulado: “*¿Moda extranjera, el fascismo?*”, publicado en *La Nación*. Es decir, en pleno sarampión fascista de José Antonio, (*Edición del Centenario*, pp. 341 a 343). Lo curioso es que en este artículo, José Antonio alaba el discurso de Gil Robles, del que dice: “*Ha sido, en gran parte, un discurso caliente, tajante, “fascista”. Yo se lo aplaudo, y estoy de acuerdo con él. Pero por qué misterioso motivo se empeña él en decir que está en desacuerdo con nosotros?*” (*Edición del Centenario*, p. 343).
5. En el primer número de *F.E.*, el 7 de diciembre de 1933, José Antonio intenta publicar su escrito descalificando la victoria de las derechas del 19 de noviembre de 1933 (*Edición del Centenario*, p. 374) que, prohibido entonces por la censura, sólo apareció en *Arriba* el 12 de diciembre de 1935. Pero este artículo circuló impreso clandestinamente y abrió una ancha brecha entre José Antonio y las derechas. El 20 de diciembre de 1933, Indalecio Prieto provoca en el Parlamento un incidente a propósito de la Compañía Telefónica Nacional durante la Dictadura, en el que Gil Robles apoyó a José Antonio.

#### ABC.00.04.14.02. “Ahora, después de su victoria el 19 de noviembre de 1933, las derechas han sido incapaces de ocupar el poder” (11 enero, 1934):

1. José Antonio el 11 de enero de 1934 publica en el segundo número de “*F.E.*” su artículo “*victorias inútiles*” donde dice: “*Cuando el 12 de abril de 1931 ganó la conjunción republicano-socialista las elecciones municipales, se adueñaron sus jefes, sin más, de los ministerios e implantaron la República. En cambio, ahora, después del 19 de noviembre de 1933, las derechas no sólo no han sido capaces de incautarse del Poder, sino que ni siquiera se hubieran arriesgado a aceptarlo de las manos idóneas; ni, lo que es menos todavía, se aventuran a ser muy exigentes en el cumplimiento de su programa mínimo electoral: sirva de ejemplo la amnistía. ¿Por qué esa diferencia entre el 1931 y el 1933? Sencillamente, porque la victoria de 1931 fue una victoria revolucionaria y ésta de ahora ha sido una victoria electoral. Detrás de los caudillos del 31 había unas masas pujantes, enardecidas con el mito de la forma nueva. Detrás de los caudillos del 33 hay unas maravillosas organizaciones sufragistas, con oficinas a la moderna, ficheros minuciosos y censos ilustrados; hay, también, unas admirables mujeres que han desdeñado burlas y amenazas por cumplir con su deber electoral; pero no hay una fe ardiente ni masas resueltas*”, (*Edición del Centenario*, p. 413).
2. El 14 de enero de 1934, en “*Luz*”, publican una entrevista con José Antonio en la que le preguntan si Gil Robles “podría ser el caudillo de una masa juvenil”, a lo que José Antonio contesta: “*¿De cuántas cosas sería capaz Gil Robles si se decidiera a emanciparse! Ó, mejor dicho ¿de cuántas cosas será capaz*

cuando se decida!”. (Edición del Centenario, p. 425). Esta es la primera vez que aparece la tesis de José Antonio sobre la necesaria emancipación de Gil Robles sobre lo que hemos de tratar por extenso.

3. El 11 de febrero de 1934, “Blanco y Negro” publica una entrevista concedida por José Antonio a L. Méndez Domínguez. En ella dice: “Las derechas, con sus justos motivos de protesta y con mejores métodos, sacan muchos diputados. Se forma un Gobierno republicano burgués, y durante varias semanas se entregan las masas conservadoras a la alegría de imaginar que la evolución ha terminado como una película enojosa”. Y, más adelante, José Antonio añade: “De pronto, he aquí que nos encontramos con que la revolución está viva. Y amenazadora. Y con que el triunfo de las derechas es tan débil que ni siquiera se les pasa por la cabeza aceptar el Poder o conquistarlo. Doscientos diputados en el Parlamento no pueden nada contra la revolución”, (Edición del Centenario, pp. 469 y 470).
4. Sin aludir para nada a Gil Robles, a quien ni cita, José Antonio hace su crítica al gobierno apoyado por las derechas, en lo que llamará más adelante el bienio estúpido, en su artículo “La República de orden”, publicado en “F.E.” el 12 de abril de 1934. En él dice: “Este Parlamento se compone, en su mayoría, de radicales y diputados de derecha vicerrepublicana. El partido radical, en otro tiempo furibundo revolucionario, es hoy un modelo de prudencia: lo que se llama un verdadero “partido de orden”. Y las derechas vicerrepublicanas no hay que decir. Todo lo que Azaña y los socialistas llevaron a cabo en el famoso bienio se va a borrar del mundo: ha terminado la revolución social. Y en cuanto a lo nacional, mejor es no decir nada. Nunca se ha visto Parlamento con menos sentido histórico que el Parlamento presente. Todos los partidos “de orden” más o menos adheridos al régimen parecen limitar su ambición a que haya “autoridad”, es decir, no a que se remedien los profundos motivos de desesperación popular, sino a que esa desesperación no se manifieste con demasiado ruido. Lo que no podía entender nadie es para qué se hizo una revolución, si las dos vetas de sustancia revolucionaria, la nacional y la social, iban a abandonarse tan pronto. Ni cuál es la diferencia, salvo en lo que se ha perdido en lo suntuario, entre la República de orden que nos han deparado estos republicanos conversos y aquellos buenos tiempos en que gobernaba el viejo partido conservador”, (Edición del Centenario, p. 541).

#### **ABC.00.04.14.03. “El Sr. Gil Robles cree que la música no es necesaria para los movimientos políticos” (6 junio, 1934):**

1. El 6 de junio de 1934, en un debate parlamentario sobre las normas para una pronta liberación presupuestaria, y a propósito del 14 de abril de 1931, del que dijo José Antonio que “tuvo la suerte de tener buena música”, añadió a continuación: “El Sr. Gil Robles cree que la música no es necesaria para los movimientos políticos” (Edición del Centenario, p. 600).
2. Inmediatamente, el 5 de julio de 1934, y en F.E., a propósito de la victoria inútil de las derechas del 19 de noviembre de 1933, José Antonio dice: “La victoria electoral de las derechas no ha servido para nada. Era una victoria sin fe: fue el resultado de una suma de todos los egoísmos ante el peligro de una revolución. Se obtuvo mediante toda suerte de pactos y de argucias; en muchas provincias fueron aliadas las derechas católicas con masones conspicuos afiliados al partido radical; en otras muchas se estimuló por todos los medios la abstención electoral de los militantes de la CNT. Triunfó la maña y el dinero, no triunfó el espíritu. Y sin espíritu no se hace nada, diga lo que diga el señor Gil Robles, genio de lo prosaico. En política, como en deporte, es muy fácil alcanzar las marcas corrientes; pero desde ellas a los logros inasequibles hay una distancia de centímetros o de segundos sólo superable por los elegidos. El señor Gil Robles, a quien alguien llamó prematuramente “atleta vencedor”, ha sabido hacer, de prisa, el recorrido de los buenos gimnastas de serie; ¡pero nunca, nunca, logrará la gracia y la alegría del último esfuerzo, que es el que depara el campeonato! De esta manera, las derechas gubernamentales fofas, confusas, faltas de fervor y de claridad, desmayan en el Parlamento, no obstante sus reiteradas afirmaciones de adhesión al régimen, reducidas al triste papel de llevar la cola a la minoría superviviente del partido radical”, (Edición del Centenario, p. 622 y 623).
3. Sin citar, esta vez, a Gil Robles, el juicio de José Antonio sobre su gestión en lo que llamó el bienio estúpido, no puede ser más negativo: “Las derechas, triunfantes en las urnas el 19 de noviembre, han defraudado las esperanzas. A toda una masa popular no se le puede pedir distingos y sutilezas; ella sólo sabe, porque así se lo han dicho, que las derechas ganaron las elecciones de noviembre, y que, por lo tanto, mandan. Si no mandan habiendo podido mandar, la cosa es más grave todavía, porque arguye grave indecisión. Pues bien: el último periodo político, transcurrido bajo el signo de las derechas, ha sido de una desoladora esterilidad. No ya en los resultados, sino, lo que es peor, en la temperatura y en el tono. España va trampeando su suerte: pero no ha sentido ni las primeras sacudidas en su viejo fondo histórico y popular. Todos sus magníficos resortes espirituales siguen en desuso. Ha habido regateos en

*el detalle, pero las derechas no han querido, o no han podido, lanzar la gran palabra del entusiasmo, (Edición del Centenario, p. 677).*

4. El 21 de marzo de 1935, en el primer número de *Arriba*, José Antonio publica “*España estancada*”. En este artículo, muy importante, José Antonio acusa a Gil Robles: “*A fines de 1933 salimos del bienio terrible para entrar en el bienio estúpido. Esto sí que ya no conserva ni rastro del propósito revolucionario del 14 de abril. Ni reforma agraria, ni transformación económica, ni remedio al paro obrero, ni aliento nacional en la política. Chapuzas para remediar algún estrago del bienio anterior y pereza. Pereza mortal, para dejar que los problemas se corrompan a fuerza de días, hasta que llegue otro problema y los quite de delante. La revolución del 14 de abril se ha estancado en esto. ¿Política social? Ni pensarlo; menos que nunca; menos que antes del año 31. Hasta los Jurados mixtos se suprimen. Vuelve a hablarse de jornales de dos pesetas. No hay reforma agraria. La ley de Arrendamientos nace tan inservible que al día siguiente de su aprobación sale un proyecto de ley modificándola. 700.000 hombres están en paro forzoso. El Parlamento, que ni siquiera ha aprobado unos Presupuestos para 1935, se concede a sí mismo vacaciones de Carnaval. Fuera de las vacaciones, sesteo. ¿Política nacional? ¿Alrededor de qué? ¿Qué quehacer interesante y alegre se presenta a España? Se empieza a no contar con ella en el mundo. Italia y Francia arreglan el problema del Mediterráneo en nuestra ausencia. Sudamérica recibe, como única noticia de España, una pastoral por radio del señor Rocha. Francia, cuya balanza comercial con nosotros ha mejorado en su favor, todavía nos aprieta las clavijas en el Tratado comercial... El marxismo, cauto y peligroso, ha logrado salir casi intacto del percance de octubre. Ahora rehace sus fuerzas y revisa sus armamentos. Mientras la fuerza pública descubre saldos de viejas escopetas y revólveres caducos, nadie sabe dónde se guardan los arsenales apilados para la revolución de octubre, que no llegaron a salir. Además, el socialismo sabe mover los hilos de la desesperación proletaria, cuando esa desesperación tiene tantos fundamentos. Se trabaja por el frente único con comunistas y anarquistas. Mientras tanto, cada día nos sale un curandero para el mal. Gil Robles sigue pronunciando discursos prometedores, como si no tuviera tres ministros en el Gobierno y la minoría más numerosa en las Cortes*”, (Edición del Centenario, p. 896 y 897).

#### **ABC.00.04.14.04. ¿Se da de baja el Sr. Gil Robles en Acción Popular? (28 marzo, 1935):**

1. El fuerte de José Antonio en su juicio, extenso y persistente, de Gil Robles como político es su constante alusión a la emancipación del caudillo derechista respecto del grupo en que militaba, dado que “*quien quiera que haya venido observando con ojo penetrante las características psicológicas del Sr. Gil Robles y las del grupo en que milita, no puede haber dejado de advertir la incompatibilidad que los separa*”, (Edición del Centenario, p. 913).
2. El primer trabajo en que José Antonio plantea su famoso tema de la “emancipación de Gil Robles” es “*¿Se da de baja el Sr. Gil Robles en Acción Popular?*”, publicado en el segundo número de “*Arriba*”, el 28 de marzo de 1935. En este artículo es la primera vez que se ocupa José Antonio de “*El debate*”. Dice así: “*Acción Popular, como todos recuerdan, fue ideada por El Debate (por don Ángel Herrera, mejor) al poco tiempo de proclamarse en España la República. Todos conocen El Debate y el tipo de ejemplar humano que la escuela de El Debate produce. Aquello es una especie de monstruoso laboratorio químico: hombre que penetra en El Debate pierde la condición de ser humano para convertirse en un instrumento específicamente destinado a tal o cual misión hombre-fichero, hombre-prensa extranjera, hombre-propaganda u hombre-publicidad. Todo lo que no es eso va siendo concienzudamente extirpado mediante un sabio tratamiento por el frío. La emoción está prohibida en El Debate; toda emoción, hasta, nos atrevemos a decirlo, la religiosa. Hay ciertas horas y minutos del día en que puede admitirse cierta emoción religiosa, pero con circunspección y según las pautas de la casa. Es decir, técnicamente, tal como debe expresar la emoción religiosa un buen alumno de la Escuela de Periodistas. En cuanto a otras emociones, todavía se admiten más a desgana; la patriótica, por ejemplo, no sólo está refrenada por la frialdad habitual del estilo, sino por advertencias de otra suerte, éstas ya mucho más lejanas y complicadas, acerca de las cuales escribiremos algún día. Y en cuanto a la emoción amorosa, no hay ni que hablar; cuando El Debate, en su constante afán (en lo externo insuperablemente logrado) de ser un periódico europeo, enfoca en cualquiera de sus secciones algo relacionado con el amor, lo hace de manera tan falsa, tan torpona, tan ñoña, que mueve a risa*”, (Edición del Centenario, p. 913).
3. A continuación, José Antonio trata de los orígenes de Acción Popular y escribe: “*Pues bien: al advenimiento de la República, don Ángel Herrera, alma de esa prodigiosa máquina frigorífica, decidió fundar un partido. Y lo bautizó con el nombre de Acción Nacional. Fiel a los métodos del fundador, el*

*partido rehusaba decidirse acerca de ninguno de los puntos entonces en juego, en bien apasionante juego; los dejaba a un lado y se colocaba bajo los vagos auspicios de estas poco comprometedoras afirmaciones: Religión, Patria, Familia, Orden. Propiedad, Calefacción y Debate. El naciente partido no tenía jefe. Mal podía tener jefe ni nada recio y terminante. Se regía por una especie de Comité en el que restos venerables de la vieja política fueron mezclados, en dosis convenientes, con personas iniciadas en la escuela herreriana. Eso sí, a falta de principios enérgicos y de jefe visible, Acción Nacional contó desde el principio con todas las delicias de la técnica: dinero, jóvenes propagandistas químicamente puros y unos ficheros, carteles y multicopistas, que daban gloria”, (Edición del Centenario, p. 914).*

4. Y ya llega el momento en que entre en escena Gil Robles. De él dice José Antonio; “*Gil Robles era uno de tantos, ni siquiera de los más relevantes. Joven, aparentemente inexpresivo, no contaba menos ni más que otro cualquiera de los jóvenes producidos en serie por la escuela herreriana. Al llegar las elecciones de junio de 1931 lo destinaron a luchar por la provincia de Salamanca. Allí fue el hombre, con su cara de asombro y su inexperiencia. Al principio nadie le hizo caso. Un periodista salmantino ideó, fuera de los partidos en lucha, organizar a los agrarios. Se formó el Bloque Agrario, y entonces Gil Robles tuvo su primer acierto: se adhirió al Bloque, juntamente con Lamamié de Clairac. Gracias al influjo de los agrarios, triunfaron los dos. Triunfaron en algún punto de manera harto sorprendente: hubo sección que votó, con entusiasmo sufragista que envidiara Inglaterra, el 95 por 100 del censo. La cosa hubo de ser discutida en las Cortes. Se impugnó el acta. Para defenderla pidió la palabra Gil Robles. ¿Quién era Gil Robles? Hasta entonces uno, ni siquiera de los más relevantes, de la escasa minoría de derechas; desde aquella tarde, su capitán. El discurso de defensa del acta le salió perfecto: toda la exactitud administrativa, toda la recortada precisión legal en que se educa a los jóvenes católicos se desarrolló aquella tarde ante la Cámara con la puntualidad de un ejercicio de oposición. Los energúmenos de las Constituyentes, para quienes aquel alarde metódico resultaba sobrenatural, se quedaron estupefactos. Los no energúmenos percibieron el contraste entre los energúmenos y el nuevo orador. Ortega y Gasset le dio su solemne visto bueno. Desde aquella sesión, cuando las derechas se jugaban una carta decisiva, encomendaban la jugada al diputado salmantino. Así apareció, en el retablo de las Españas, Gil Robles”, (Edición del Centenario, p. 914).*
5. Y ya José Antonio pasa a narrar lo que denomina “*tragedia de Gil Robles*”: “*El encumbramiento envanece, sí; pero también depura. Las alturas incitan al vértigo, pero también a la meditación. Gil Robles empezó a subir, y según subía notaba que los miembros iban volviéndosele más fuertes. El subir nos va haciendo más solos, cuando más solo se está hay que ser más uno mismo. Gil Robles —¿por primera vez?; al menos por primera vez observando desde su vida pública— empezó a “sentirse a sí mismo”. Antes era el producto de serie de una circumspecta, metódica, helada, casta y silenciosa juventud cultivada en estufa; ahora empezaba a ser, si aún no un caudillo, un guerrillero al aire libre, obligado frecuentemente a resolver sus propias escaramuzas sin esperar órdenes del misterioso Estado Mayor. El número 4 ó 5 de tal promoción herreriana pasó a ser “Gil Robles”, precisamente él y no otro. Para él se escribían alabanzas y contra él los vituperios. Y entonces, como si un encantamiento se deshiciera, empezó a percatarse de que él, Gil Robles, no era Gil Robles mismo bajo el pasmo metódico de la formación herreriana, sino que era otro hombre, inquieto, humanamente ambicioso, escéptico y alegre. Se dio cuenta de que el cuerpo y el espíritu le pedían más ágiles andanzas que las prescritas por la blanca masonería de El Debate. Y hasta descubrió que la sonrisa de su cara redonda era una sonrisa zumbona, socarrona, de pardillo con mucha recámara; no la helada sonrisa insidiosa de los jóvenes refrigerados en serie”, (Edición del Centenario, p. 915).*
6. Ahora, José Antonio considera a Gil Robles como prisionero de “*Una tupida red que pasa por cámaras y cancellerías, llenas de pasos tácitos y conversaciones cautas*”. José Antonio dice así: “*Ahora, Gil Robles está al frente de la minoría más numerosa de la Cámara. Analíticamente sobran en ella muchos muchachos circunspectos y muchos caciques maduros; pero ¿qué importa eso? Gil Robles, con sus ciento y pico de diputados, ya sabría combatir en guerrilla si le dejaran. En la guerra lo importante es el mando. A los soldados se les hace. Ciento y pico de diputados importan por ciento y pico, no por lo que lleve dentro cada uno. Si Gil Robles pudiera... Pero no puede. Tan vigilante y rápido de respuestas, tan aparentemente despótico en el Parlamento, no es más que el prisionero de una tupida red que pasa por cámaras y cancellerías, llenas de pasos tácitos y conversaciones cautas. A veces, en el ardor de un debate, donde se agita alguna profunda vena nacional, se adivina Gil Robles arder bajo la máscara de su rostro inexpresivo, alumbrando interiormente la frase exacta, dura, decisiva, que le está pidiendo el corazón, y estrangulándola para que no asome. El misterioso Estado Mayor trae un tejemaneje entre bastidores al que hay que sujetarse. Así, a lo nacional —por ejemplo—, es forzoso ponerle sordina; hay*

otros intereses que el Estado Mayor tiene en más que los de la Patria española. Gil Robles tiene que sufrirlo. Tiene que “retorcerse el corazón”. Ahora sí que es verdad esta frase, inventada por él, entonces en frío, para justificar el abandono de una nostalgia que no le costaba ningún retorcimiento”, (Edición del Centenario, pp. 915 y 916).

7. La última parte de su trabajo la dedica José Antonio a describir la culminación de la tragedia personal de Gil Robles. José Antonio dice así: “*Acción Popular se le va de entre las manos. Los soldados de fila no entienden el teje maneje del Estado Mayor, y cada vez están mas inquietos y más murmuradores. Aquellas gentes adineradas que le abastecieron espléndidamente cuando confiaban en él, gestionan ya nuevos guardianes de sus intereses. Hay como una nube de melancolía sobre lo que fueron activos campamentos de Acción Popular. La melancolía llega incluso a disolver la alegre entereza del guerrillero. Ha llegado a decir, con claudicación de la que es apenas responsable, que hay que aflojar los tórculos del Estado; ¡del Estado español, que apenas existe! Pero no hay que tomárselo en cuenta. Ha sido una mal disimulada muestra de desmayo. De melancolía. Gil Robles está melancólico porque, ya familiarizado con la intimidad de sí mismo, sabe que podría, que acaso puede hacer otra cosa: más fuerte, más honda, más española, más suya... ¡Pero el cauto Estado Mayor le tiene todavía prisionero! Acción Popular —fría, estéril, mediatizada, deshumanizada— puede todavía más que Gil Robles. A José Antonio Primo de Rivera le preguntaron una vez: —¿Qué opina usted de Gil Robles? Y contestó: —¡Las cosas que podría hacer Gil Robles si se decidiera a emanciparse! Mejor dicho, ¡las cosas que hará cuando se emancipe! ¿Habrá llegado ya esa hora? He aquí el tema sabroso de estos días: ¿se da de baja Gil Robles en Acción Popular?*”, (Edición del Centenario, p. 916).

#### **ABC.00.04.14.05. “¡Si el señor Gil Robles se decidiera...!” (16 mayo, 1935):**

1. En el número 4 de “*Arriba*”, el 11 de abril de 1935, José Antonio insiste en la incompatibilidad de Gil Robles y lo que José Antonio llama unas veces “*El Debate*”, y, otras, D. Ángel Herrera. Así dice José Antonio: “*Medio en broma, en el segundo número de Arriba se publicó un “reportaje posible” titulado “¿Se da de baja el señor Gil Robles en Acción Popular?” Podemos ufanarnos de haber puesto el dedo en la llaga, porque lo que allí llamábamos Acción Popular —bien claro estaba el texto— era la influencia helada, cauta, sinuosa y escurridiza de don Angel Herrera. Entre los poderes ocultos que rigen en Acción Popular —veníamos a decir— y el temperamento enérgico del señor Gil Robles va marcándose por días una incompatibilidad que acabará en ruptura. Y, por el bien del señor Gil Robles, deseábamos que esa ruptura sobreviniera. Ya ha sucedido. El señor Gil Robles, antes de aventurarse a tamaña decisión, ha tenido que vacilar y contenerse. Nos hubiera gustado más —y acaso al señor Gil Robles también— que la disidencia con el Gobierno del señor Lerroux se hubiera planteado en ocasión más lucida que la del indulto de González Peña. Pero no todo sale cuando se quiere y más vale tarde que nunca. La cosa ha tenido un sentido bien claro, que más de un periódico se ha apresurado a recoger: la ruptura no ha sido entre el señor Gil Robles y el señor Lerroux, sino entre el señor Gil Robles y El Debate, con todo lo que El Debate oculta. También en el lado de la derecha hay poderes internacionales y masonerías más o menos blancas. Y el señor Gil Robles (seguido, hasta ahora, de toda la Acción Popular, aunque no tardarán en sobrevenir algunos desgajamientos) se ha emancipado. Nosotros, incompatibles con Acción Popular por otras muchas cosas, de tono, de ritmo, de entendimiento de la historia, de concepción económica y social, no podemos, sin embargo, dejar de ver con buenos ojos esta liberación de unas fuerzas, estén donde estén, que se rebelan contra mediatizaciones y que recobran en lo que pueden lenguaje y apostura nacionales”, (Edición del Centenario, p. 959).*
2. Unos días después, el 24 de abril de 1935, y también en “*Arriba*”, José Antonio ya da otra significación a la supuesta ruptura de Gil Robles, que no existe: “*El pacto de los cuatro: ¿Creen ustedes que nos referimos a una posible entrevista entre Mussolini, Simon y Laval, con la asistencia de Hitler? Pues no; no nos referimos a esa menudencia, en la que acaso pretendiera organizarse la paz de Europa: aludimos a la reunión que el sábado próximo, si el tiempo no lo impide, celebrarán en esta Villa don Alejandro Lerroux, don José María Gil Robles, don José Martínez de Velasco y don Melquiades Álvarez. Algunos abrigan la consoladora esperanza de que esa reunión nos devuelva la armonía familiar rota entre los mismos señores a raíz del indulto de González Peña. De ser así, recobraríamos el indecible contento de tener sentado por varios meses en el banco azul a un Gobierno semejante al que hizo hasta la última crisis la felicidad de España. No fuimos remisos en aplaudir al señor Gil Robles por el acierto de retirar su apoyo al anterior Gobierno del señor Lerroux. Alabamos en su decisión el intento de recobrar un sentido nacional desde bastante atrás desatendido. Nos duele, si “el pacto de los cuatro” concluye en una nueva alianza, tener que arrepentirnos de nuestros precipitados elogios. Todo entonces*

tendría el aire de una farsa: el señor Gil Robles habría fingido una incompatibilidad de principios para, retirándose, dejar el campo libre al señor Lerroux, y una vez que el señor Lerroux hubiera cultivado ese campo a sus anchas, incluso con labores irremediables, como la restauración del Estatuto, el señor Gil Robles se habría reintegrado, con aire de hipócrita inocencia respecto de lo ocurrido en el intervalo, al goce de las delicias del poder. La cosa sería demasiado burda para tolerarla. Pero ya está visto que nuestro pueblo tiene que ir acostumbrándose a la idea de tolerarlo todo. De tolerar incluso que transcurran los meses y los años sin que nadie acuda a remediar sus males, mientras los partidos sacrifican todo al juego pícaro de sus componendas”, (Edición del Centenario, p. 971).

3. El 9 de mayo de 1935, en “Arriba”, en la sección “Política española”, Esta vez dedicada a la CEDA, José Antonio dice: “La CEDA está radiante. Cuando se encuentran dos de la CEDA en los Cuatro Caminos se dan un abrazo con palmadas que se oyen en Vallecas. Todo está bien y han tenido un éxito que tiene verdes a los del Bloque. Son tan irónicos los de la CEDA que a lo que ha subido al Poder lo llaman Bloque y cuando se dice del otro hay que decir “el de Calvo”, y cosas parecidas. La CEDA ha tenido un formidable éxito. Dentro de lo que es el cotarro, se ha movido con habilidad y energía. Pero las derechas se hacen polvo. Unas por estar fuera y otras por estar dentro. La CEDA, que se ha llevado la mayor parte y es la que tiene organización y capacidad de maniobra, es de esos partidos en el Poder que cuanto más se encaraman en el Poder más se deterioran o, al revés, cuanto más se deterioran más capaces se hacen de gobernar. Lo que había en la CEDA a fines del año 33 de reacción nacional impetuosa y espontánea se ha deshecho. No podía ya la CEDA remediar uno solo de los males españoles porque la CEDA se halla ya en el mejor de los mundos posibles. ¿Qué le haría falta cambiar ni reformar en un clima moral y político que le resulta paradisiaco y en unas compañías de diversos partidos que le van resultando encantadoras? La CEDA no está preparada para el Poder. Sus hombres, su espíritu, su estilo, su temple interior, hasta su misma tónica exterior son cosa muy floja y mediocre para grandes responsabilidades. No puede pasar de los Jiménez Fernández. Y esto no es nada. El Poder le causará estragos. Como todos los seres inferiores a su misión, tendrá que suplir la autoridad, la competencia y el temple que le faltan con la habilidad, la complacencia, los favores, las combinaciones. Podrá ser un Gobierno agradable y tranquilizador para las derechas, que hallarán deliciosos los desayunos leyéndose El Debate y repitiéndose entre resoplidos de satisfacción: “¡Esto no es el bienio! ¡Esto es otra cosa, hija!” Muchos monárquicos pasarán a la CEDA, y así como Gil Robles pretende modificar la República, ellos tendrán la ilusión de modificar a Gil Robles. A la Falange no le molesta el triunfo de la CEDA. Le divierte y le hace pensar que se irán cumpliendo en España, como en otras naciones, con el intermedio populista, las etapas fatales. Gil Robles merecía mejor destino. Es un jefe de partido hábil, enérgico y flexible, superior en general al resto de la CEDA y de los demás grupos gubernamentales. Para la CEDA estaba mejor Calvo Sotelo. Pero éste es el Gil Robles que ha llegado tarde”, (Edición del Centenario, pp. 983 y 984).
4. El 16 de mayo de 1935, en “Arriba”, José Antonio dedica parte de su sección habitual, “Política española”, a Gil Robles del que dice: “Nosotros, que nos obstinamos en no quitar los ojos de la cara parada del señor Gil Robles, que insistimos en inquirir la humana verdad que oculta su gesto inexpresivo, otra vez tenemos que traer su nombre a esta plana y afanarnos en adivinar el drama intenso que vive en estos días. El señor Gil Robles ha llegado al punto decisivo de la partida que se está jugando con la Historia. Desde su aparición en las Cortes Constituyentes como diputado novel, adiestrado en la escuela de El Debate, al instante de ahora, en que es ministro de la Guerra y cuenta en el Gobierno con cuatro ministros más, su carrera política ha transcurrido rauda y brillante como un cohete. En cuatro años nadie hubiera podido soñar mejor fortuna. Pero en esa fortuna está el peligro. Porque ahora, precisamente ahora, empieza —o concluye— la gran carrera política del señor Gil Robles. Si el actual ministro de la Guerra no fuese más que lo que aparentaba ser en aquella sesión de las Cortes Constituyentes donde defendió su acta por Salamanca, su coyuntura de ahora no tendría gran interés; sería, simplemente, la coyuntura habitual en el político joven que ha tenido suerte al servicio de una causa. Pero precisamente el señor Gil Robles es el de su agudo interés que presenta hoy armonía o su desarmonía con la causa a que sirve. Ésta es la cuestión: ¿seguirá el señor Gil Robles fiel a la escuela de El Debate? ¿O estará en el umbral de una nueva revelación de sí mismo; en la víspera del descubrimiento de un nuevo Gil Robles que algunos sospechaban, pero que nadie aún conocía? No cabe duda de una cosa: el señor Gil Robles tiene en este momento todas las cartas en la mano; muchas de ellas son triunfos; el toque está en ver cómo las juega. De su acierto o de su desacierto depende que se quede en una oscura medianía, perdida en la sucesión inacabable de las medianías patrias, o que alcance un puesto excepcional. Para esto habrá de desbordar, destrozándolo, el molde estrecho en que ha venido a la vida política; habrá de romper sobre todo con dos clases de compromisos: los que le

*impone la masa electoral que lo ha nombrado —masa, en general, conservadora, alicorta— y los que le impone —éstos bastante sutiles— esa trama diplomática y misteriosa, cauta y helada, que tiene su presencia en la calle de Alfonso XI y sus últimas raíces quién sabe en qué remotas oficinas. ¡Si el señor Gil Robles se decidiera!...”, (Edición del Centenario, pp. 991 y 992).*

**ABC.00.04.14.06. “Yo siento mucha admiración y mucha simpatía por el Sr. Gil Robles” (19 mayo, 1935):**

1. En el cine Madrid, el 19 de mayo de 1935, José Antonio afirma que contra el sentido revolucionario frustrado del 14 de abril, se han movilizad las fuerzas monárquicas y las derechas afectas al régimen. En cuanto a estas últimas, personalizadas en Gil Robles, José Antonio dice: *“Yo siento mucha admiración y mucha simpatía hacia el Sr. Gil Robles, y siento esa simpatía y esa admiración precisamente por el nervio antipopulista que en él descubro. Yo barrunto que un día el señor Gil Robles va a romper con su escuela y me parece que en ese día el señor Gil Robles prestará buenos servicios a España; pero de la escuela populista, ¿qué queréis esperar vosotros? La escuela populista es como una de esas grandes fábricas alemanas en que se produce el sucedáneo de casi todas las cosas auténticas. Surge en el mundo, por ejemplo, el fenómeno socialista; surge el ímpetu sanguíneo, violento, auténtico de las masas socialistas; en seguida la escuela populista, rica en ficheros y en jóvenes cautos, llenos, sí, de prudencia y cortesía, pero que se parecen más que a nada a los formados en la más refinada escuela masónica, produce un sucedáneo del socialismo y organiza una cosa que se llama democracia cristiana: frente a las Casas del Pueblo, Casas del Pueblo; frente a los ficheros, ficheros; frente a las leyes sociales, leyes sociales. Se adiestra en escribir memorias sobre la participación en los beneficios, sobre el retiro obrero y sobre otras mil lindezas. Lo único que pasa es que los obreros auténticos no entran en esas jaulas preciosas del populismo y las jaulas preciosas no llegan a calentarse nunca. (Risas y aplausos.) Surge en el mundo el fascismo con su valor de lucha, de alzamiento, de protesta de pueblos oprimidos contra circunstancias adversas y con su cortejo de mártires y con su esperanza de gloria; y en seguida sale el partido populista y se va, supongámoslo para que nadie se dé por aludido, a El Escorial (risas) y organiza un desfile de jóvenes con banderas, con viajes pagados, con todo lo que se quiera menos con el valor juvenil revolucionario y fuerte que han tenido las juventudes fascistas (grandes aplausos). Y no os preocupéis que, si Dios nos da vida, veremos en España una República cedista, con representación proporcional y con ley de prensa, que tendrá los mayores parecidos con todas las Repúblicas laicas del centro de Europa”, (Edición del Centenario, pp. 1001 y 1002).*
2. El 15 de junio de 1935, en “Arriba”, y en su sección habitual “Política española” José Antonio vuelve sobre Gil Robles. Y dice así: *“Este nombre, constituido en epígrafe, ha aparecido bastantes veces en las columnas de Arriba. Pocos habrán opuesto a Gil Robles más objeciones fundamentales que nosotros; pero pocos adversarios habrán mostrado menos repugnancia que nosotros por reconocerle un indudable valor político y humano. Por eso nuestra observación le sigue incesantemente, y por eso quizá se adelante en el descubrimiento de secretas torturas a otras observaciones que imaginan ser más leales, porque son más interesadamente lisonjeras. El señor Gil Robles ha llegado en plena juventud, y después de un esfuerzo rápido —es decir, cuando aún el aburrimiento no le ha podido roer el alma—, a una de las torres de mando más interesantes de la política. Ha llegado con asistencia numerosa de gentes y pertrechos, debidos, en gran parte, a sus dotes singulares de organizador. Por poco reposo que su vida febril le deje para examinarse por dentro, no habrá dejado de percibir la coyuntura decisiva de su existencia en que se encuentra ahora: a los sesenta y cinco años, el fracaso puede ser un crepúsculo no desconsolador de la muerte; a los treinta y seis, el fracaso es la salida hacia un desierto de varios lustros de melancolía. El señor Gil Robles ha debido experimentar un escalofrío ante la posibilidad del fracaso y ha debido formar propósito resuelto de empeñarse con todas sus fuerzas para impedirlo. De seguro que, si fracasa, no será por pereza ni cobardía. Pero... ¿le bastará al señor Gil Robles con su brío interior? He ahí que las muestras de su ímpetu no aparecen por ninguna parte. No porque haya reprimido su ímpetu voluntariamente, puesto que hay sobrados rumores de que lo tiene en juego incesantemente, sino porque sobre ese ímpetu ha empezado a caer, suave, viscosa, pertinaz, la baba del sistema que le rodea. El señor Lerroux y sus viejos radicales fingen estar medio en Babia en casi todas las cuestiones; pero van a lo suyo y no se descuidan; desde noviembre de 1933 se impusieron esta tarea: inutilizar a las fuerzas de Gil Robles, triunfantes en las elecciones generales; pero no inutilizarlas por la tremenda, como hubieran querido los Botella Asensi o los Gordón Ordás, sino envolviéndolas en una especie de tela de araña, fluente, continua, pegajosa, que les impidiera todo movimiento. Es difícil registrar época en que la vieja marrullería política haya logrado mayor destreza que en estos dos años*

en que Lerroux, fingiéndose el bobo, ha venido enjaulando y haciendo perder el tiempo al nervio juvenil de Gil Robles”, (Edición del Centenario, p.1048).

3. A renglón seguido, José Antonio pronostica: “Azaña volverá a gobernar para principios del año que viene”. En efecto, José Antonio dice así: “Hacia fin de año se disolverán las Cortes. Acción Popular habrá perdido todos sus tópicos electorales: habrá gobernado sin gobernar, que es el mayor desastre que le puede ocurrir a un partido. Toda su crítica del primer bienio caerá como un follaje sin vida después de haber soportado la larga estación de esterilidad del segundo bienio. Y en cambio, las extremas izquierdas, seguras de contar con la falta de memoria de las masas, desplegarán una propaganda frenética que les dará el triunfo. Ya lo pueden ir sabiendo las gentes de buena fe, que no por interés material, sino por adhesión a altos valores espirituales, votaron contra la política de Azaña en 1931. Azaña volverá a gobernar para principios del año que viene. Para impedirlo dieron aquellas gentes de buena fe trabajo y dinero a manos llenas para las elecciones. Dieron el triunfo a Acción Popular. Ya ven de lo que ha servido. Ahora, que cuando estas cosas ocurran en otoño, otros serán los sorprendidos; nosotros, no. La misma mano que escribe estas líneas escribió a raíz de las elecciones del 31 aquel artículo que se tituló “La victoria sin alas”. Desde el principio le vimos la falta de alas a la victoria aquella y señalamos por dónde había que ir. Los nuestros no fueron remisos. Pero hubo, y hay, millones de sordos que vendrán cuando, si no es tarde todavía, les sea posible recabar la gloria de haber llegado en las horas de la adivinación y del heroísmo”, (Edición del Centenario, pp. 1048 y 1049).
4. El 27 de junio de 1935, en “Arriba”, José Antonio escribe de la CEDA; “Por su parte, la CEDA también pareció tener, aunque más corta, una ardorosa juventud (con minúscula, compañero linotipista, no vaya a pensar nadie que nos referimos a la vetusta JAP). Los primeros tiempos de Gil Robles, bajo el bienio de Azaña, fueron animosos y combativos. Durante ellos se renovó la invocación de valores espirituales antiguos, como si se quisiera que la política no fuese sólo pugna de intereses. El efecto de las grandes palabras fue rápido y, en cierto aspecto, confortador: miles y miles de personas salieron de sus casas dispuestas al esfuerzo y aun al sacrificio. Pero ¡ay! la política es como un estupefaciente: quienes la prueban con algún gusto acaban por enviciarse en ella. Poco a poco, lo que nació como caliente movimiento espiritual fue convirtiéndose en partido como los otros; cada día se fueron arriando más banderas inalienables —las de todo lo espiritual— para ganar en un toma y daca de cosas tangibles. Pronto los haberes del Clero y la Contrarreforma agraria importaron más a la CEDA que el crucifijo en las escuelas, la indisolubilidad del matrimonio y el prestigio internacional de España”, (Edición del Centenario, pp. 1057).
5. Y el 4 de julio de 1935, también en “Arriba”, José Antonio dice: “Dijo el señor Gil Robles en Medina: “¿Que yo quería ir al Ministerio de la Guerra para dar un golpe de Estado? ¿Qué necesidad tenía yo del Ejército para el triunfo...? Aunque yo hubiera pensado en tal cosa, aunque el Ejército hubiera olvidado sus deberes —que no los olvida—, ¿qué necesidad tenía yo de eso? ¿Quién duda que con nosotros está España entera? Que venga aquí el que lo dude y que vea esta muchedumbre congregada. Y aún más: yo le ofrezco un puesto en el avión para que vea conmigo otra muchedumbre reunida en Mestalla. Un golpe de Estado lo da el que se encuentra en minoría; pero quien, como nosotros, tiene a España entera, tiene bastante con la fuerza de la ciudadanía, con las papeletas electorales, que han barrido del campo nacional, el 19 de noviembre, todos los obstáculos”. He aquí las asombrosas deformaciones a que llegan los hombres inteligentes cuando los envenena la política. España será lo que digan las papeletas electorales. ¿Y si vuelven a decir ferocidades y blasfemias, como tantas veces han dicho? ¿Y si vuelven a dar el triunfo a los que preconizan el suicidio de España? En esos casos, ¿aceptará el triunfo como legítimo el señor Gil Robles? Ya es hora de acabar con la idolatría electoral. Las muchedumbres son falibles como los individuos, y generalmente yerran más. La verdad es la verdad (aunque tenga cien votos), y la mentira es mentira (aunque tenga cien millones). Lo que hace falta es buscar con ahínco la verdad, creer en ella e imponerla, contra los menos o contra los más. Ésa es la gran tarea del conductor de masas: operar sobre ellas para transformarlas, para elevarlas, para templarlas; no ponerlas a temperatura de paroxismo para después pedirles (como en el circo de Roma la plebe embriagada) decisiones de vida o muerte. Y este deber —gloriosamente duro— es tanto más apremiante en nuestra España, donde cien años de desaliento y de pereza han sumido a nuestra masa en la más desoladora mediocridad. Todo lo que se haga por sacudirla será poco. Pero mientras sólo se la halague y se la sirva, no se hará otra cosa que estabilizar la mediocridad”, (Edición del Centenario, p. 1061).



**ABC.00.04.14.07. “Gil Robles no cree en su partido” (antes del 21 agosto, 1935):**

1. Como consecuencia de la subvención del gobierno fascista italiano, José Antonio elaboró un informe sobre la situación política española que remitió a París antes del 21 de agosto de 1935. La parte referente a Gil Robles de este informe, dice así: *“Hay una diferencia curiosa entre las evidentes condiciones personales del señor Gil Robles y la densidad política de su partido. Éste, aunque numeroso y abundantemente provisto de dinero, es blando, mediocre y pobre en cuanto a personalidades sobresalientes. Con ciento quince diputados en Cortes y millares de afiliados en cada provincia, Gil Robles a duras penas ha encontrado cuatro hombres presentables para hacerlos ministros. En cuanto a la Juventud de Acción Popular (JAP), está formada por unos cuantos millares de jóvenes melancólicos que se esfuerzan por imitar con poca gracia los gestos exteriores del fascismo. Gil Robles se ha burlado públicamente de ellos más de una vez. No sería demasiado osado afirmar que Gil Robles no cree en su partido. Cree, en primer lugar, en sí mismo y después quiere contar con el Ejército. La insistencia con la cual ha exigido para sí la cartera de Guerra muestra claramente que piensa que, como siempre, sigue siendo el Ejército quien decide en España. Gil Robles ha tomado como consejero inmediato al general Franco, el primer prestigio militar español, y está poniendo al frente de los regimientos a los jefes más seguros”*, (Edición del Centenario, p. 1111).
2. El 28 de octubre de 1935, en el debate parlamentario sobre el “straperlo”, José Antonio tiene unas palabras dirigidas directamente a Gil Robles: *“Además, Sr. Ministro de la Guerra, y vosotros, los que os sentáis en esos bancos (Señalando a los de la minoría popular agraria.) —con los que he contendido muchas veces, pero en los que tengo muy buenos amigos y en los que hay un instrumento de gobierno para España y si queréis para la República—, vosotros y S. S., Sr. Ministro de la Guerra, que sabe cuán profundos son el afecto, el respeto y la admiración que le profeso, tenéis que pensar en esto: que ya ningún partido español podrá ir nunca en alianza electoral ni política con el partido radical, porque el partido radical está descalificado ante la opinión pública”*, (Edición del Centenario, p. 1162).
3. El 31 de octubre de 1935, y en “Arriba”, José Antonio escribe sobre el “straperlo” y dedica una gran parte de su trabajo a Gil Robles. Dice así: *“Todo este espectáculo presenta otro lado serio y triste. Acción Popular, o, mejor dicho, su jefe, el señor Gil Robles, que es casi lo único interesante de Acción Popular, toma la recta final del fracaso definitivo. Otros se alegrarán al recoger este hecho. Nosotros, no. Nosotros hemos manifestado reiterada simpatía por el señor Gil Robles, en quien adivinamos, oprimida por influencias extrañas, una personalidad interesante y enérgica. Padece España demasiada penuria de hombres para que nadie pueda regocijarse con el desperdicio de un valor humano sobresaliente. Y el señor Gil Robles lleva el camino de ser un valor malogrado. Probablemente por esto: por no tener el tino y el valor de elegir el instante de la jugada definitiva. El señor Gil Robles es como esos delanteros de fútbol extraordinariamente diestros en el avance y trezado de pies, pero que nunca tiran el shoot [sic] de la victoria. Se ha dormido driblando. Se ha deleitado en esa táctica peligrosa de mezclarse con todo género de gentes. Y ahora, cuando la táctica profunda de los grandes destinos aconsejaría romper, no rompe. Hace mal: por mucho que esto dure, ¿qué va a durar?; ¿dos, tres meses? Y cuando caiga, ¿qué servicios va a alegar el señor Gil Robles ante la masa que le votó o qué nuevas esperanzas va a alimentar? En dos años estériles ha sacrificado al egoísmo conservador de los llamados “agrarios” todo el contenido social del programa populista; ha sacrificado a la paz con los radicales todo el contenido religioso; no ha hecho nada visible en un sentido fuertemente nacional. ¿Qué podrá alegar el señor Gil Robles para solicitar un nuevo crédito? ¡Ah! Pudo haber ganado en un minuto la mejor de las banderas: la de la decencia pública. Pudo derribar con estrépito el barracón donde Strauss halló manera de vivir a sus anchas. Entonces Gil Robles hubiera gritado ante la opinión: “Vedlo: lo he arriesgado todo —predominio parlamentario, participación gubernamental— por el decoro de la política española”. Le ha faltado corazón en el momento definitivo y ha preferido ser “hábil”, lo cual en las grandes ocasiones de la política suele ser suprema inhabilidad”*, (Edición del Centenario, pp. 1164 y 1165). A continuación, “Arriba” reproduce la intervención parlamentaria de José Antonio el día 28, que ya quedó recogida en el punto anterior.

**ABC.00.04.14.08. “Que el señor Gil Robles es persona intachable, nadie lo duda” (5 diciembre, 1935):**

1. La siguiente referencia de José Antonio a Gil Robles, consta en su artículo “Entre caballeros”, publicado en “Arriba”, el 5 de diciembre de 1935, en el que se empieza a tratar el asunto Nombela. En este artículo dice así José Antonio: *“Que el señor Gil Robles es persona intachable nadie lo duda; pero*

por esa extraña deformación psicológica que acaba por imprimir la política a quienes le toman afición, el señor Gil Robles ha perdido la aptitud, por lo visto, para asquearse y encolerizarse contra lo que pasaba en sus inmediatas cercanías. No sólo no denunció públicamente el intento de asalto al tesoro colonial que acababa de realizarse, sino que cuando el señor Cano López habló de él en el Congreso fue el propio señor Gil Robles quien con destreza y desparpajo afirmó que la conducta del presidente había sido intachable. Y no más que el viernes de la semana pasada, ya con el cadáver del galápagos en pleno hemisiciclo, lo ha vuelto a decir. ¿En qué postura va a encontrarse el señor Gil Robles cuando, dentro de muy pocos días, se haga la autopsia pública y convincente del apestoso animal? Esta pregunta anda ya en todos los labios y quienes la formulan con mayor angustia son los diputados de Acción Popular, nunca como ahora ganados por la falta de fe. ¡Veneno de la política! El señor Gil Robles va a verse envuelto, por encubridor, en un asunto que le produce, esto no lo niega nadie, la más auténtica repugnancia. ¿Y por qué? Sencillamente por no haberse encarado con el asunto de un modo elemental y sincero, como lo hubiese hecho si no fuera político o si lo fuera de mayor altura. Por la deformación psicológica profesional de que antes se hablaba, el señor Gil Robles ha perdido la visión clara, directa, del impresionante tema moral, porque entre el tema y él se han interpuesto, hipertrofiadas, todas las argucias técnicas, todas las habilidades políticas, todas las cautelas y profesiones. En vez de haber cortado por lo sano, el señor Gil Robles se ha enfrascado en bordar, se ha enviado en bordar. Y mientras bordaba se preparaba fuera el huracán que acaso le arrastre”, (Edición del Centenario, pp. 1233 y 1234).

2. El llamado asunto Nombela llega al Parlamento, que debate sobre él el día 7 de diciembre de 1935 y es en este debate cuando intervienen José Antonio, que se dirige a Gil Robles diciéndole: “Señor Gil Robles, y perdóneme S. S. que me dirija a él con tanta frecuencia: Su señoría es intachable, como sabemos todos; S. S. es joven; S. S. ama a España; S. S. tiene seguramente por delante una larga vida política. En el partido radical hay personas probas e intachables; en el partido que sigue a S. S. también las hay; en todas partes puede haber muchas. Fíjese S. S., señor Gil Robles, en si puede seguir con este peligroso bordado, por salvar Dios sabe qué cosas, de estar aceptando la peligrosa vecindad de gentes y de estilos absolutamente descalificados; piense S. S. que no hay nada que esté por encima de la moral pública, que el mal contra ella es siempre el mal mayor y que a esto debe subordinarse todo. Piense S. S. que tiene sobre sus hombros la confianza de muchas gentes y que esas gentes, en cuanto se abra un periodo electoral o una discusión más pública que éstas, van a sentir que les arrojan a la cara y que arrojan a la cara de S. S. una acusación de encubrimiento de todas estas cosas. (Rumores.) Su señoría, desde el 26 de Julio oyó las denuncias aquí; su señoría supo aquel intento de cobro ilegal, contra el Tesoro colonial, de una indemnización mal acordada; S. S., estoy seguro de que con la mejor intención del mundo, no denunció esto, no llegó a una ruptura pública con los que trataban de asaltar así el Tesoro colonial; S. S. ha venido prolongando esta peligrosísima convivencia, y hay algo aquí más grave que lo que pueda padecer S. S., porque sé que S. S. lo ofrecería en todo caso como sacrificio a España; hay el riesgo que estamos corriendo de que, por convivir con gentes que no son dignas de convivir con nosotros, que no tienen nada que hacer en la vida pública de España, que deben retirarse a sus casas, y esto por la infinita benevolencia de quienes no los mandan a la cárcel, está comprometiendo su señoría la posibilidad de que nos agrupemos todos un día, los radicales que se salven de la reprobación general, los jóvenes y los viejos de Acción Popular que le siguen, hombres de derecha y de izquierda, todos, en un posible frente nacional que ha de tener como primera bandera la bandera de la moralidad pública”, (Edición del Centenario, p.1248).
3. El 19 de diciembre de 1935, y en “Arriba”, José Antonio vuelve a tratar de Gil Robles. Dice así: “Hemos reiterado sin descanso que no nos place el espectáculo de los derrumbamientos. No hay, pues, la menor fruición en lo que vamos a decir; hay simplemente el cumplimiento de un deber de observadores de la política española, de cuyos desastres hay que sacar enseñanzas y escarmiento. ¿Cuántas veces, por otra parte, se habrán formulado al señor Gil Robles desde estas columnas y por boca de hombres de nuestras filas las más cordiales advertencias? La destreza innegable del señor Gil Robles pudo ser valiosísima si hubiera ido acompañada de un poco más de audacia. En política — también lo hemos repetido sin descanso— sólo está escrita la técnica para las primeras jugadas, para las preparatorias; cuando llegan las jugadas decisivas hay que adivinar, saltar a lo imprevisto y hacerlo en el instante exacto. Por eso, los políticos geniales se diferencian de los de segunda fila sólo en estas últimas jugadas; hasta entonces todos, con un poco de agilidad y alguna información anecdótica, se mueven poco más o menos lo mismo. ¿Acaso el señor Gil Robles conocía su propia limitación y se asustaba de dar el salto decisivo? ¿Acaso no lo ha dado por falta de perspicacia para elegir el momento o de arrojo para la suerte suprema? No se sabe. Lo único cierto es que el señor Gil Robles ha

*malogrado un bello destino y, lo que es peor, ha defraudado las esperanzas de mucha gente que le siguió con fe emocionante. Es inútil que la JAP gesticule remedos de entusiasmo; por las filas de Acción Popular corre —y con razón— el desaliento. Por otras filas donde se deseó vivamente el fracaso del señor Gil Robles circula en cambio mal disimulado regocijo. Nosotros estamos bien lejos de regocijarnos. Hemos reconocido siempre en el señor Gil Robles cualidades brillantes y, por encima de todas ellas, una acendrada rectitud. Nos hubiera complacido mucho haberle visto, para bien de España, por el camino del acierto, y conocemos de sobra la penuria de hombres que España padece para desear ni por un instante la definitiva eliminación de quien añade a aquellas dotes sobresalientes el gran valor de su juventud. Pese a todos sus errores, el señor Gil Robles aventaja como valor humano, político y aun literario a muchos de los que con avidez descompuesta se aprestan a sustituirle. ¡Lástima que haya desoído los consejos leales de quienes una y otra vez le previnieron contra las turbias compañías y contra los perjuicios de entregarse sin tasa a un encaje de bolillos de la política que acaba por enviciar en su pequeñez y nubla los ojos para la clara percepción de horizontes!”, (Edición del Centenario, p. 1262).*

#### **ABC.00.04.14.09. “Gil Robles prefiere el “Frente Nacional Antirrevolucionario “a la expresión “Unión de Derechas”:**

1. El 26 de diciembre de 1935, y en “Arriba”, José Antonio publica su artículo “Los partidos se preparan para el sorteo”, en el que trata de las próximas elecciones generales convocadas para el 16 de febrero de 1936. En cuanto a las derechas, y en concreto en lo referente a Gil Robles, José Antonio dice así: “La Prensa de derechas lanza a diario llamamientos apremiantes para la unión electoral. Pero los partidos de derechas no han pasado aún de los tanteos, las invitaciones vagas afines y la atenuación notoria del tono polémico con que se zaherían entre sí hasta hace bien poco. No obstante las buenas disposiciones para el acercamiento, es fácil percibir entre los grupos de derechas dos maneras distintas de entender la alianza electoral. Una, la del señor Gil Robles: se nota que al señor Gil Robles le repugna la expresión “unión de derechas” y prefiere la de “frente nacional antirrevolucionario”. Esta preferencia en el nombre descubre una más honda preferencia en lo que el nombre ha de encubrir: después de la experiencia de 1933 a 1935, tan severamente infligida en las propias espaldas del señor Gil Robles, es bien explicable que no apetezca recomenzar por aquellos principios que condujeron a la memorable victoria sin alas. El señor Gil Robles preferiría un ancho frente donde entrasen cuantos quisieran, sobre una coincidencia mínima en la repulsa de lo que él llama “la revolución y sus cómplices”, pero sin una articulación minuciosa en cuanto a la materia y duración del compromiso. El señor Gil Robles desearía, en el fondo, pasar lo menos mal posible el trago amargo de ahora sin sacrificar la posición preeminente de su partido y la libertad maniobrera en que aún sigue confiando. Por el contrario, los monárquicos, conscientes del quebranto padecido por el señor Gil Robles con el fracaso de su táctica, buscan a toda costa la hegemonía, si no de número de sentido, en el presunto frente electoral —al que, entre monárquicos, se da sin rebozo el nombre de “unión de derechas”— y el aseguramiento de la permanencia en la unión después de pasadas las elecciones. Actitudes tan opuestas, siquiera vengan suavizadas por los buenos modales y por el peligro común, permiten augurar una elaboración nada sencilla de la unión de derechas. Sin embargo es seguro que la unión se hará, porque bien saben las derechas lo que les aguarda si no se hace. Ahora bien, hecha la unión y aun supuesto —que ya es suponer— que las derechas ganen las elecciones, ¿qué va a pasar al día siguiente? Ni más ni menos que esto: los grupos parlamentarios de la derecha se encontrarán con el gravamen de que uno de sus grupos —tal vez acrecentado en las elecciones próximas— no podrá entrar a gobernar con la República, porque no la ha aceptado. Sólo quedará como posible fuerza gobernante la misma de ahora, la de la CEDA, con menor número de diputados que en las Cortes actuales. De donde la CEDA tendrá de nuevo que aceptar en actitud subalterna combinaciones gubernamentales con los partidos moderados del régimen (y se repetirá el bienio estúpido) o tendrá que gobernar por sí sola con el apoyo incondicional de los monárquicos. Esto último ¿parecerá a nadie realizable? Calcúlese hasta donde llegarían las exigencias reaccionarias de los monárquicos sintiéndose árbitros de la política y libres de la responsabilidad directa del Gobierno. La CEDA acabaría por sacudir la mediatización intolerable, viniese lo que viniese, o la política española, desviada por completo de la línea de los tiempos, se encontraría encerrada en un callejón sin más salida que la catástrofe”, (Edición del Centenario, pp. 1276 y 1277).
2. El 2 de enero de 1936, en “Arriba”, José Antonio escribe: “Ante las sombras de 1936”. Y dice esto del señor Gil Robles: “El señor Gil Robles, a quien seduce la idea de ganar las elecciones próximas (quién

sabe si para disponer de otros dos años en que ir preparando las siguientes, y así hasta la eternidad), podía pasar por todo menos por asistir, impasible, a la formación de un partido [de] centro con el auxilio de sus antiguos aliados. La futura posible CECA (Confederación Española de Centristas Autónomos), todavía más cómoda y menos comprometida que la CEDA y llamada, por lo pronto, a gozar el suave calor de las alas gubernamentales, podía constituir una rival terrible. Ágil, el señor Gil Robles disparó una nota anunciando que las huestes cedistas no darían sus votos a los antiguos compañeros del bloque si éstos no rompían con el Gobierno del señor Portela. Agrarios, melquiadistas y ex radicales, con el resuello en el cuerpo, pensaron que acaso fuera mejor lo mediano conocido que lo bueno por conocer; es decir, que fuese mejor hacer las paces con la CEDA que lanzarse a la aventura de formar una CECA. Y así, en el Consejo de Ministros del lunes, [...] no se sabe si dimitieron o cómo se las arreglaron, pero sí se sabe que produjeron la crisis”, (Edición del Centenario, p. 1285).

#### **ABC.00.04.14.10. “La armonía entre las derechas dista de ser ejemplar” (23 enero, 1936):**

1. José Antonio escribe en “Arriba”, el 23 de enero de 1936, un artículo titulado “Aún no se sabe a donde va esto”. Y dice así: “Por su parte, la armonía entre las derechas dista de ser ejemplar. Recuérdese el comentario aparecido en estas columnas cuando el señor Calvo Sotelo y su órgano La Nación se apresuraron, sin ocultar el apremio ni aun por razones de urbanidad, a pedir la destitución del señor Gil Robles en su calidad de eje de la coalición de derechas. Como era de prever, la trama minuciosa de Acción Popular y la tenaz habilidad del señor Gil Robles para todo lo que no es una gran empresa, han acabado por configurar la negociación entre los partidos de derecha como un juego de peticiones, cada vez menos exigentes, por parte de los monárquicos y de concesiones o negativas por parte del señor Gil Robles. Esto es, que el señor Gil Robles ocupa entre las derechas un puesto análogo al que desempeña Largo Caballero en la izquierda: uno y otro son los verdaderos jefes de las coaliciones y el resto de los que intervienen en ellas, meros adheridos, no muy satisfechos. Así, las elecciones, de llegarse a la lucha en el actual planteamiento, serían una pugna por el Poder entre el socialismo —que lo ejercería de momento por mediación de administradores republicanos de izquierda— y Acción Popular, no suficientemente acompañada para dejar de ser el eje de la política, pero sí lo suficientemente obligada a buscar compromisos parlamentarios como para que su actuación tuviera que ser tan sosa como en el famoso bienio 1933-1935”, (Edición del Centenario, pp. 1323 y 1324).
2. El 30 de enero de 1936, en “Arriba”, José Antonio afirma: “Nadie ha negado nunca al señor Gil Robles un gran sentido de la realidad y la medida, una adaptación constante a las circunstancias de[!] momento y una rara habilidad en las evoluciones. A esto se añaden, sin duda, los buenos consejos. Todo hace pensar que, si no hoy, en un futuro próximo y quizá apacible, los señores Gil Robles y Portela se podrán entender. Todo marcha, por los pasos contados, hacia combinaciones de grado superior al cedorradicalismo”, (Edición del Centenario, p. 1339).
3. El 2 de febrero de 1936 José Antonio habla en el cine Europa y dice: “Para consignas de miedo ya tuvimos bastante con las de 1933. Se nos dijo lo mismo: “¡Que se hunde esto! ¡Que se hunde lo otro! ¡Defendámoslo! ¡Todos unidos, todos somos unos [sic]!” Al día siguiente del escrutinio ya se había pasado el susto, y, como se habían unido exclusivamente por el susto aquellos que gozaron juntos las delicias del escrutinio, resultó que al día siguiente nada tenían que hacer en común. Para tener algo en común hay que tener el mismo sentido entero de la historia y de la política. El sentido entero de la historia y de la política, como dije en el mitin de la Comedia, es como una ley de amor; hay que tener un entendimiento de amor, que sin necesidad de un programa escrito, con artículos y párrafos numerados, nos diga, en cada instante, cuándo debemos abrazarnos y cuándo debemos reñir. Sin ese entendimiento de amor, la convivencia entre hombre y mujer, como entre partido y partido, no es más que una árida manera de soportarse”, (Edición del Centenario, p. 1349).
4. Y José Antonio continúa sí: “Como no había una ley de amor sobre la cabeza de los partidos triunfantes en el año 33, no pudieron coincidir más que en una cosa: en no hacer nada. (Risas.) Como necesitaban los votos unos de otros, para que aquellos votos no se les negasen hubo un acuerdo tácito por virtud del cual cada uno renunció a lo más señero, a lo más interesante, a lo más caliente de lo que podía llevar en su programa; se convirtieron en dóciles corderos los viejos anticlericales del partido radical y aplazaron indefinidamente sus tribulaciones religiosas los de la CEDA. Ya nada corría prisa, ni en lo material ni en lo espiritual. ¿Qué se hizo en lo material? Pensad en lo que queráis: en la reforma agraria, en el paro obrero, en lo que os plazca. La reforma agraria era mala; tenía un gran defecto en su planteamiento; tenía algunas injusticias en el articulado. Ya está radicalmente purgada de todos sus

defectos. *La ley de Reforma agraria fue anulada por las Cortes de 1933-35, y con su muerte, desde luego, se curó de todo resto de enfermedad*”, (Edición del Centenario, pp. 1349 y 1350).

5. El 10 de febrero de 1936, en una entrevista concedida a Armando Boaventura, periodista portugués, José Antonio hace unas consideraciones sobre Gil Robles. A la pregunta: ¿Y el nombre de Gil Robles? José Antonio contesta: *“Es el que ofrece, de hecho, más garantías de éxito... Gil Robles gusta, en efecto, de la vida parlamentaria, que le apasiona. Ha sido el Parlamento lo que le ha proporcionado, en gran parte, su triunfo político y la justa fama y prestigio de que goza. Se siente en el Parlamento como... “pez en el agua”... pero en el fondo no cree en las virtudes del régimen liberal ni en el sistema parlamentario. Lo juzgo capaz de ser dictador, pero no espero que esa dictadura resuelva definitivamente el problema político de España, ni el económico ni el social, pues para eso sería necesario llevar a cabo la Revolución Nacional que propugna la Falange*”, (Edición del Centenario, p. 1379).
6. El 28 de junio de 1936, José Antonio escribe a Miguel Maura una carta que publicó Luis Romero en *“Tres días en Julio”* (Ariel, Barcelona, 1967, pp. 200-201), que termina así: *“Cuando analices en frío esto de la “dictadura nacional republicana” verás que lo de republicana, si quiere decir algo más que no monárquica (nota negativa en [la] que todos ahora, menos los insensatos, tienen que estar conformes) ha de aludir a su contenido institucional incompatible con la idea de Dictadura. De ahí que para salvar la contradicción tendrás que concluir aspirando a un régimen autoritario nacional capaz de hacer (¿recuerdas?) la revolución desde arriba, que es la única manera decente de hacer revoluciones. ¿Y a qué otra cosa aspiramos nosotros? Pero ya verás: ya verás cómo la terrible incultura, o mejor aún la pereza mental de nuestro pueblo (en todas sus capas) acaba por darnos o un ensayo de bolchevismo cruel y sucio o una representación flatulenta de patriotería alicorta a cargo de algún figurón de la derecha. Que Dios nos libre de lo uno y de lo otro*”, (Edición del Centenario, p. 1523-1524). No sabemos en qué “figurón de la derecha” pensaba José Antonio: ¿Gil Robles? ¿Calvo Sotelo?

#### **ABC.00.04.14.11. “Gil Robles tiene la culpa de todo. Durante el bienio estúpido, cuando hubiera podido hacer, todo, no hizo nada” (9 octubre, 1936):**

1. El 9 de octubre de 1936 el *“Chicago Daily Tribune”* publica una entrevista del periodista norteamericano Jay Allen a José Antonio, quien en un momento de la entrevista dice: *“Gil Robles tiene la culpa de todo”. Durante el bienio estúpido, cuando hubiera podido hacer todo, no hizo nada. Y continúo: Y Casares Quiroga por su política de provocación*”, (Edición del Centenario, p. 1574).
2. El 16 de noviembre de 1936, tiene lugar el interrogatorio de José Antonio como procesado en Alicante. Y en este interrogatorio, el fiscal, Vidal Gil Tirado, se refiere a las declaraciones de José Antonio a Jay Allen recogidas en el punto anterior. José Antonio se ratifica en ellas; es decir en su censura a Gil Robles: (Edición del Centenario, p. 1.619).
3. El 17 de noviembre de 1936, en su informe en defensa propia y en la de su hermano Miguel y su cuñada Margarita Larios, cuya versión taquigráfica se custodia en el Archivo Histórico Nacional (Causa General, Legajo 1501/2, folios 1294-1300), y a propósito de su aislamiento en una región mantenida sumisa, José Antonio dice: *“La política de las derechas respecto de mi partido ha sido siempre la misma: querer aprovechar el brío combatiente de mis muchachos. Ésta es la clave. Por eso de cuando en cuando a mis muchachos les buscaban la gracia. Eso sí, querían impedir a toda costa, pero que a toda costa que a estos muchachos los dirigiera yo. ¿Por qué? Porque dicen que estas cosas que yo decía de la tierra y demás era señuelo que yo utilizaba para atraer a las clases obreras, porque las derechas tienen el error de creer que a las clases obreras se las atrae con señuelos. Yo sé que la clase obrera me va a dar la terrible angustia de no creermé, pero aseguro que responde a una convicción personal honrada. Las derechas suponen que es señuelo; yo sé que no. Las derechas suponen que es falso; yo sé que es verdadero. La Monarquía es una institución que ha tenido su momento histórico. Las derechas tienen esta actitud respecto a mí, pero en cambio dicen: “Esos miles de chicos valerosos, arrojados, un poco locos si queréis, esos son utilísimos. Con estos tenemos que contar para nosotros”. Y entonces me maquinan disensiones dentro de mi movimiento. Me organizan la de Ramiro Ledesma y Sotomayor, me someten a un cerco político, económico y personal espantoso, me vienen a dejar sin cuartos. Estamos cuatro meses sin poder pagar la casa en Madrid. Nos cortan el teléfono y nos quitan la casa en Madrid, y así estamos porque las derechas quieren a toda costa que no me interponga. Y surge mi encarcelamiento y la ocasión es pintiparada. ¡Ahora sí que es fácil levantar el coraje de estos chicos magníficos, valerosos, ingenuos un poco, sin que se nos interponga el majadero éste que nos viene con la cosa de la reforma agraria y del movimiento nacional sindicalista*”, (Edición del Centenario, p. 1685).

4. Y, más adelante, en el mismo informe, José Antonio afirma: *“Todos los que temían [que la rebelión] pudiese ser más o menos larga, más o menos favorable, ¿qué hicieron con sus familiares? Las mandaron al extranjero. ¿Para qué voy a decir nombres? March, Calvo Sotelo, éste y el otro. Y los que no tenían fervor combatiente, Gil Robles, por ejemplo, que no es seguramente por lo visto un Cid, no queriendo tomar las armas se marchó a Portugal”*, (Edición del Centenario, p. 1687).